

tas los atentados á quienes debía escudar contra los extravíos de las muchedumbres el régimen parlamentario; se había dado tras los jueces de paz y los alcaldes de barrio por que no protegían los motines y las insurrecciones con mayor descaro aún; se había propuesto el señalamiento con almagre del domicilio de los diputados lafayettistas para inmolarlos en una implacable degollación; pero de todo esto debían responder los conservadores, quienes, ó bien cobardes por su naturaleza, ó bien traidores á sus convicciones, pesimistas siempre, por esperar saliera el bien de los excesos del mal, teniendo mayoría en los Ayuntamientos, mayoría en las Diputaciones provinciales, mayoría en las Asambleas soberanas, mayoría en todas partes, dejaban el espacio abierto á los exajerados, para que, no pudiendo haber gobierno absoluto, dados los afectos y las ideas generales, y si gobierno, constitucional, preferían á este último engendrado por el espíritu y por el tiempo, la carencia de todo gobierno.

¿Os acordáis de los días estivales en que amaga una tempestad tremenda? Os falta el aire; vuestra cabeza experimenta vértigos análogos á los causados por el mareo; se os enrojece la vista, cansada del insomnio; y un desarreglo en los nervios acompaña todo este malestar, en términos de doleros desde las puntas de los pies hasta las puntas del pelo. Pues, con un poco de traslación desde lo particular á lo general, tendríais idea de lo que sea una fiebre revolucionaria, enfermedad grave, de la cual no debe uno servirse como de un modelo imitable, pero en la cual hay que aprender y escarmentar, para impedir á las sociedades contemporáneas en todo lo posible tan agudos males. Esta confusión de ideas, esta vocinglería de pasiones, el caos que reina en Francia por Agosto del noventa y dos, dimanar de la fiebre; y toda esta fiebre se genera, no sólo en el extravío mental y en nervioso desorden de los revolucionarios, en la ciega resistencia de una corte insensata, y en los afectos exaltadísimos de un patriciado, resuelto, bajo la primer luna de miel que brillara sobre sus nupcias con la libertad, á sacrificar todos sus privilegios, y muy arrepentido, después del sacrificio espontáneo y la grande abnegación por todos celebrada, muy arrepentido de haberlos sacrificado. Y, sufriendo fiebre alta la sociedad francesa, donde más esta fiebre se mostraba era en el Cuerpo Legislativo, sensorio común entonces de toda Francia. En sus sesiones esta grande agitación se mostraba; pero en ninguna tanto como en la sesión del nueve de Agosto, que vamos recorriendo. No debe olvidarse, para comprender todo su carácter y adivinar toda su transcendencia, que la sesión del día nueve precede al destronamiento apercibido con medios legales por la Gironda en aquel minuto, y consumado por la plebe con violencia veinte horas más tarde. Una hipnotización colectiva reinaba. Y esta hipnotización colectiva sugería las mayores supersticiones é impulsaba los más desordenados movimientos. Así, en medio de la sesión, entra despavorido un diputado, exclamando que la plebe parisiense golpea con redoblados golpes la puerta, y se decide á entrar en tropel con escándalo. El presidente comunica este horrible caso al

Congreso, y el Congreso se conmueve al amago de una tremenda catástrofe, y grita, como si le llegasen á la boca los remolinos del naufragio. A consecuencia de tal pánico, llama el presidente al jefe de la guardia, y éste dice no haber á la puerta del Congreso, ni en los alrededores, más gente que la gente de ordinario, y guardar esta gente la más escrupulosa compostura. Los que acababan de gritar se avergüenzan del grito, y vueltos en sí, reconviene de su propio susto al asustado presidente. Uno, entre los más poseídos del improvisado terror, declara que ha descendido de la presidencia una calumnia sobre la limpia fama del pueblo y debe ir el calumniador á la cárcel. Nótese bien cómo andaba de perdida la idea de inviolabilidad parlamentaria en Francia, cuando hasta los presididos en el Congreso pedían la prisión de su inviolable presidente. Nunca se vió tan clara por sí, tan confirmada por la experiencia, una idea sociológica, como la idea científica moderna, de que consiste el progreso en distinguir y separar lo confundido y encerrado en gérmenes oscuros é indescifrables. No se sabía bien hasta dónde iba el Poder Ejecutivo y hasta dónde á su vez el Poder Legislativo, los cuales muchas veces chocaban á una con el Poder Judicial, y éste con la política y las instituciones municipales. Un miliciano se creía un corchete al modo antiguo, y apresaba sin escrúpulo á quien le pedían el gusto y la gana. El pueblo, muy pagado de las teorías divulgadas por todas partes sobre el estado primitivo de las sociedades humanas, se creía vuelto á tal beatitud, y para ello no encontraba medio mejor que tomarse la justicia por su mano, como en los tiempos y en los pueblos salvajes. Desconocería la sociedad quien desconociera estas enfermedades colectivas de los pueblos, muy análogas con las pestes que se respiran en el aire y con los cóleras que se beben á su vez en el agua. No se puede saber, sino por quien haya estado en una verdadera revolución, cómo se apoderan de todos y cómo lo llenan todo, y cómo se imponen así á las generaciones presentes y á las por venir, estas fiebres revolucionarias, fiebres, por espirituales y creadoras, análogas con las sentidas por los grandes poetas y filósofos, cuando se sienten poseídos de una divina inspiración.

Pero continuemos el relato de la sesión para que se vea dónde llegaban las agitaciones de Francia y se comprenda no había ningún otro medio en aquel terrible caos sino un estallido espantoso del rayo de la revolución. El diputado Kersain declara, muy avanzada la sesión ya, que se quiere divertir el espíritu público del destronamiento para que la legislatura en materias baladies pase y no pueda pronto decidirse lo que más importaba, la eliminación del primer magistrado público, tan opuesto y contrario al público interés. Llamar baladies Kersain las agresiones infligidas á los diputados y levantarse á contradecirle Girardin es obra de un momento. Y dice haber sido maltratado y aun herido. ¿En dónde? le pregunta una voz de la izquierda entre los rumores de toda la Cámara. Me han herido en la espalda, responde, como hieren los asesinos siempre, incapaces de mirar la cara de sus contrarios. Esta contestación valerosa y estóica se llevó tras sí toda la sala. Girardin

añadió que sin auxilio de un colega, su sangre hubiera corrido por aquellos bancos y el asesinato de un legislador hubiera profanado el templo de las leyes. Sin duda la oración más exaltada entre todas aquellas oraciones fuera la fuerte y arrebatadísima de Vaublanc. Así dijo que no podía llamarse libre un Cuerpo desacatado y conspuido; que no merecían el nombre de opinión los delirios y exaltaciones de cuatro dementes; que todas las maniobras revolucionarias iban encaminadas á preparar el destronamiento y por eso los insultaban las turbas revolucionarias, porque sabían que quienes no fueran injustos en el voto sobre Lafayette no podían ser tampoco en el voto sobre Luis XVI perjuros; que se quejaban los jacobinos de las amenazas escritas por los austriacos en el manifiesto de Brunswick, cuando excedían sus brutalidades á estas amenazas; que no proponía dejase París el Congreso, mas sí proponía castigase las infames interrupciones de las tribunas, quienes completaban las agresiones de palabra con las agresiones de hecho. Contestóle Isnard y contestóle con vehemencia. El aplazamiento de un problema tan grave como la despedida ó conservación del Monarca engendraba, según Isnard, todo aquel malestar, nuncio y precursor de males mayores. Dos meses llevaban los diputados de sutiles subterfugios ante problema tan grave. Así el pueblo se tomaba la justicia por su mano y precedía con resoluciones parciales é incongruentes la resolución definitiva y suprema del Congreso. Aachó la frecuencia de los desacatos á personas tan sagradas como los representantes del pueblo al estado morbosos de la sociedad y dijo que, para salir de tan peligroso estado, se necesitaba mostrar una firmeza capaz de concluir con todas las vacilaciones y de afirmar frente á los extranjeros y frente á los demagogos el principio salvador, el principio de la soberanía nacional custodiada por aquellos que lo profesan y que lo mantienen. El empeño de salvar al Rey de las maniobras del pueblo no corría tanta prisa como el empeño de salvar al pueblo de las maniobras del Rey. Para que se salvase aquel necesitaba, según Isnard, tener salud; para tener salud necesitaba salir de su estado revolucionario; para salir de su estado revolucionario necesitaba ver seguras, tanto la libertad como la patria; y para ver seguras tanto la libertad como la patria, necesitaba que no se conspirase contra estas dos divinidades altísimas desde las cumbres de un Estado constitucional que se hallaba constituido al fin de defenderlas y salvarlas. A estas sacudidas de una elocuencia fulminante sucedían agitaciones rayanas en una epilepsia intensísima. Los gritos aquellos equivalían á sentencias de proscripción y de muerte lanzadas por cada cual contra su enemigo corriente. Llamábanse unos á otros en sendas imprecaciones agitadores, revolucionarios, vendidos al extranjero, espías de la reacción, instrumentos de Artois, enemigos de la libertad, traidores á la patria, insultándose dentro del sagrado é inviolable recinto entre sí como los insultaban fuera y disponiéndose á golpearse como fuera los habían golpeado. En estas aparece Roederer, jefe del departamento. Se necesita saber quién sea este señor en la política y administración si hemos de apreciar verdade-

ramente su oficio y su ministerio. Es una especie de presidente de la diputación provincial y con este carácter un superior gerárquico de Pétion. Este superior pertenece á los girondinos. Así en las semanas precedentes al diez de Agosto reproducen uno y otro los procedimientos observados y seguidos en las semanas que precedieron al veinte de Junio. Mientras el jefe de la municipalidad parisién vacila entre los deberes de su oficio y los dictados de su conciencia; el jefe de la diputación departamental está resueltamente por las leyes promulgadas, por las instituciones nuevas, por la paz general. Roederer con la mayor sinceridad y la mayor honradez propone que cada poder ocupe su puesto, que cada grande autoridad ejerza su ministerio, pues amenazan los clubs y los clubistas con tocar los tambores á generala y echar las campanas á rebato para que las muchedumbres de París se levanten y acaben violentamente con el poder monárquico, por quien deben todos los amantes de la Constitución pelear y morir. Estas palabras, cuyos acentos en otra ocasión suscitaban profundo entusiasmo, no conmueven á nadie ahora. El Congreso les presta una superficial atención, y continúan querellándose los diputados sobre si los federados reunidos en la capital deben permanecer allí ó marcharse á Soissons. Y esta oreja distraída del Parlamento no ha oído cuando ya se avecina el crepúsculo vespertino, que aquella misma noche tocarían los campanarios de París á rebato. Y este rebato debía incendiar los ánimos; y en este incendio debía consumirse la institución monárquica y surgir, de un solo golpe forjada, la primera República francesa. Bien es cierto que la sociedad, en su inconsciencia y en su indeliberación propias, iba creando un organismo, por el cual debía pasar el poder público desde las manos del Cuerpo Legislativo á las manos del Ayuntamiento parisién. Este organismo era el resultante de unas secciones, pues con tal nombre se conocían ciertas juntas municipales de barrio, que formaban como asambleas deliberantes, quienes, so color de tratar negocios administrativos, trataban negocios políticos, formando para su arreglo y conducción, una menor junta, selecta, la cual se juntaba con las análogas de otras secciones y componían sumadas una especie de Asamblea y de gobierno populares en porfía y competencia, lo mismo con el Cuerpo Legislativo, que con el Ayuntamiento legal, que con el regio ministerio. Según y conforme pasaban sucesos de importancia, determinábase con mayor determinación este movimiento de asociaciones por barrios, apercibidas, en la complicación de los hechos circunstanciales, á tomar el poder público, arrogándoselo como por conquista, y á impeler las revoluciones adelante, sin saber dónde iban á parar, con mucho desenfreno desbocadas. Por ejemplo, si amenazaba Lafayette al Congreso por el Rey, las secciones se juntaban á favor del Congreso y contra el Rey; si declaraba la patria en peligro el público sentimiento, las secciones abrían las listas de afiliados á la guerra y organizaban la numerosa recluta voluntaria; si venía la crisis del destronamiento, armaban las secciones juntas y hacían una manifestación en cada esquina, ya dirigiéndose al Congreso, ya dirigiéndose al Palacio, especie de prepa-

ración á un gobierno revolucionario, en el cual aparecía como poder legislativo la secta jacobina y como poder ejecutivo aparecían estas juntas de barrio. Para mejor comprender su acción, importa decir cómo hay secciones que corren al Congreso pidiendo la deposición del monarca y secciones que se creen suficientemente autorizadas por el voto municipal para deponerlo sin atender para caso ninguno el poder legislativo. En los últimos días del Congreso pasa una escena, la cual muestra lo que significaba y lo que podían las secciones en aquel supremo instante. Llama desde la barra el interés de los legisladores la sección de Granvilliers. Treinta mil ciudadanos lo componen, según sus comisionados reunidos en la barra. Y estos treinta mil ciudadanos acaban de votar la deposición del Rey, enviando sus comisionados para que notifiquen al Congreso este acto de su soberanía. Aunque la comisión entiende que no puede aplicarse pena ninguna, sino en una sentencia firme, dada, después de oído el tribunal de acusación, por un jurado legítimo, según su patriotismo, cree que este jurado se halla en el Cuerpo legislativo, y lo conjura con el fin de que juzgue y condene. «Podéis, decían, legisladores, salvar la patria, pero si os negáis, será preciso que los ciudadanos la salvemos.» Esta horrible amenaza provoca una protesta de los diputados monárquicos, tanto más justificada cuanto que pasan los seccionistas con arrogancia y desparpajo ante la Cámara, después de haberla sin escrúpulo amenazado. Así grita Girardin desde la tribuna. «Pido se impriman esas palabras, que acabáis de oír y se manden á los ochenta y tres departamentos. Conviene sepan los comitentes nuestros cómo un barrio de París permite al Congreso de la nación salvar la patria con arreglo á las preferencias y á los gustos de una parte mínima del pueblo. Es indispensable ó que recabemos nuestra soberanía, ó que caigamos al pie de los facciosos.» El toque de rebato se oía ya en los espacios de la Cámara cuando se apercebían á lanzarlo con sus lenguas de bronce los campanarios de París.



CAPÍTULO DÉCIMO-NONO

Regias luctuosas lecturas

CONFORME la catástrofe se aproximaba en aquellos días, Antonieta y Luis en sí mismos se recogían, meditando unas veces acerca de su triste situación y otras veces leyendo históricos, y por históricos, reveladores ejemplos. El Rey acababa de arreglar sus cuentas con la conciencia, por el único medio de que disponía su alma sinceramente católica, por una confesión general de sus culpas, sin recordar cómo la mayor entre todas consistía en carecer de ánimo fuerte para conservarse un Rey al modo antiguo, y de abierto espíritu, en el opuesto caso, en el caso de una transacción, para sin escrúpulo y sin tardanza recibir la visita del ideal progresivo y aceptar el imperio de una democracia inevitable. Cuando la casa de los Estuardos se deshiciera en Inglaterra bajo los golpes de aquellos dos titanes llamados Cromwell y Orange, la mayor parte de los cuadros, reunidos por el poder y el gusto de una dinastía tan excelsa, pasaron, ó bien al Palacio del Buen Retiro en Madrid, ó bien al Palacio de las Tullerías en París. Una gran parte de los maravillosos cuadros reunidos en este Museo nuestro del Prado se adquirieron así, comprándolos en la subasta del mobiliario de los Estuardos, y comprándolos para Monarca tan artista como Felipe IV, embajador tan excelso y tan glorioso como Rubens. Nosotros, los españoles, adquirimos por este medio el cuadro de Van-Dick representando al infeliz descabezado Carlos Estuardo, caballero sobre fuerte cabalgadura inglesa, vestido en traje medio guerrero y medio cortesano, con el encendido rostro muy embargado por graves pensamien-